

## EL VIEJO TIPÓGRAFO

El índice y el pulgar formaban una yemada pinza. Una pinza que se metía en los cajetines y tmaba con rapidez la pieza tipográfica. La mano del hombre -ágil, certera- acomodaba en el componedor una y otra letra, números, signos y, mientras ejecutaba ese movimiento, el índice se deslizaba en el corto viaje de la caja a la herramienta, sobre el cuerpo del tipo hasta palpar el “cran”.

Las manos que así trabajaban eran las de Agustín Otero, un viejo tipógrafo; para decirlo con más exactitud, un verdadero artesano de la imprenta. Durante años parado frente al chivalete le habían dado la destreza de un malabarista. Agradaba verlo trabajar. Había pasado la mayor parte de sus años de oficio en un pueblo del interior, donde “todo se paraba a mano” como él solía decir. Un día llegó a la gran ciudad y se quedó.

Mirándole en su quehacer uno se daba cuenta de su maestría. Sus manos, sus dedos, se movían como por arte de magia. Iban y venían por sobre los cajetines, como tocadas por un hálito de gracia, como si las moviera un algo de cosa maravillosa, de cosa alada y mecánica a la vez. Al colocar los caracteres en el componedor, efectuaba con su mano derecha un movimiento tan particular que atraía la atención, hasta la del más indiferente. Y ese movimiento de su mano derecha sobre los cajetines, hablaba de su larga experiencia en el arte de la tipografía. Era un movimiento singular, que tenía alma, que revelaba vida, que denunciaba veteranía.

Había sobrepasado los sesenta años de edad y mostraba una canosa cabellera. Dejaba traslucir serenidad de espíritu y su cara reflejaba nobleza. Cuando se hablaba de cosas de la imprenta, traía a colación sus viejos tiempos. Y decía con cierto tono parcimonioso:

-Ahora, con la linotipo... - Como dando a

entender que el oficio se había hecho más llevadero, merced a ello.

En sus años de tipógrafo de tierra adentro, todo había que hacerlo a mano.

-Sé “paraban” las letras, una a una -acotaba entonces Don Agustín. Y recordaba las jornadas pueblerinas. Además de los trabajos llamados de obra, se hacían también el periódico. Él, por lo general, se encargaba de componerlo, el que aparecía dos veces por semana. Todo en cuerpo diez, medida once. A veces, algo de negrita ocho. Muy poco del doce.

-No sólomente con tinta... Con sangre y sugor también se imprimía. Y agregaba sin jactancia:

-¡Cómo se trabajaba! Se acercaba la fecha de su aparición y había que darle, había que alimentar la Marinoni...

El viejo tipógrafo recordaba con un poco de emoción, acaso algo de nostalgia, aquel pueblo con sus calles quietas, soledosas, con un sol grandote acostado en las veredas. Sus casas, su comercio, la placita. Pero lo que más recordaba era la imprenta donde trabajo con tanto cariño. Solía contar anécdotas. Una vez, apostaron a quién componía con más rapidez. La justa se hizo ante el alborozo de todos, incluso con la presencia del dueño del taller. Otro día, él demostró que podía componer a ciegas, es decir, sin mirar los cajetines. Y lo hizo, casi perfectamente, con muy pocos errores. Esto que hacía ahora era distinto de todo aquello. Ahora manejaba tipografía de cuerpo mayor. Tuvo que adaptarse a muchas cosas nuevas.

Un día sintió hablar de la Divina Proporción Tipográfica. ¿Qué era eso? Ligeramente le explicaron. Pero no entendió. O entendió poco. También una vez se conversó sobre cuántas eran las familias madres. Unos decían que eran seis: romana, medieval, egipcia, gro-

tesca, gótica y cursiva. Hubo quien sostuvo que los caracteres que las componían eran cinco: egipcio, etrusco, romano, gótico, y Bodoni. El viejo tipógrafo permanecía callado. Alguien lo consultó:

-Usted, Don Agustín, ¿cuántas son? ¿Sabe cuántas son?

Vaciló. Luego dijo:

-Seis.

Pero lo dijo para salir del paso. Lo ignoraba. Él sabía “parar” letras, hacer las “formas”, distinguir con pasmosa rapidez las “tomadas”. Aclaremos: “tomada” es una cantidad de letras ya utilizadas en la impresión que, apriadas por la orqueta formada por el nacimiento del índice y el pulgar de la mano izquierda, se toma con la mano derecha proporciones de esas letras y se distribuyen en los cajetines con la ayuda de la mente. Por ejemplo: se extrae un fragmento de línea que dice: “notable novela”. Se dejan caer entonces, una a una, recordando la correlación de las letras: n-o-t-a-b-l-e-n-o-v-e-l-a. Y así, las unidades van a su correspondiente lugar. Y es cuando la mano del tipógrafo realiza insólitos dibujos en el aire, sobre la caja, mientras las letras y los signos caen en los cajetines, produciendo un sonido seco: tac, tac, tac. Tarea llamativa, por cierto, por la celereidad y la precisión de quien la realiza. En una oportunidad, un aprendiz se quedó boquiabierto:

-¿Cómo hace, Don Agustín? ¿Es que sus dedos tienen ojos?

-Ya vas a hacerlo vos también, muchacho. Con el tiempo aprenderás...

En la imprenta lo estimaban y él correspondía con su simpatía de hombre campechano. Su bonhomía se manifestaba en toda su persona. Todos los años viajaba hasta su pueblo. Añoraba el terruño, la imprenta de sus años mozos. Siempre pensó en regresar. Alguna vez le dijo a su mujer:

-¿Qué te parece si nos volvemos?... Allá nos esperan siempre...

Tenían dos hijos. La ciudad los había atrapado

y ellos se encontraban a gusto en ella. Ese era su problema.

-Sí, pero ellos -decía entonces su mujer- estudian aquí, tienen sus amigos...

Y Don Agustín se conformaba. Le quedaba el consuelo de hacer una visita todos los años. En las vacaciones acomodaba sus valijas y tomaba el tren, pleno de alegría. El viejo tipógrafo renacía al llegar allá, a la adorada imprenta, mirando los viejos “burros”, las antiguas máquinas de imprimir, el local donde yacía, oculto entre el antimonio y la tinta, su pasado feliz. Y acaso, presa de una infinita nostalgia, soñara al reencontrarse con todas esas cosas inanimadas pero que sin embargo hablaban a su corazón.

*Oswaldo Durán*  
La Última Luna